

Siglo XVIII. esta guerra experimentó sucesos prósperos y adversos, pero mas veces fué vencedor que vencido. Carlos Manuel, que todo era de sus súbditos, hermoseó sus ciudades, fortificó sus plazas, disciplinó sus tropas, y todo lo arregló por sí mismo. Uno de sus mayores cuidados fué el procurar pagar sus deudas para aliviar á sus pueblos, levantando los impuestos que la guerra habia hecho necesarios. No quiso tomar parte en la de 1756; pero tuvo la gloria de ser el mediador de la paz de Fontainebleau, y murió el 20 de febrero de 1773, á los setenta y dos años de edad.

Victor Amadeo, tercer duque de Saboya, y rey de Cerdeña, nació en 26 de junio de 1726, y fué proclamado en 20 de febrero de 1773.

Habiendo el infante D. Carlos conquistado aquel reyno, de resultas de la célebre batalla de Vitonto, se coronó en Palermo en 1735, y al año siguiente fué reconocido rey de las dos Sicilias por todas las potencias. Por espacio de catorce años no omitió desvelo ni fatiga en promover la felicidad de su reyno, y desterrar muchos abusos que se habian introducido baxo el gobierno de los vireyes. Ayudado de sus talentos y de los consejos del sábio Tanucci, hizo florecer el buen gusto, las ciencias y las artes, y se cubrió de gloria. Hasta que en el de 1759 sucedió en el trono de España á Fernando VI., su hermano, cediendo el reyno de las dos Sicilias á su hijo Fernando IV., que felizmente reyna.

En Parma, extinguida la línea masculina de los Farnesios, por renuncia de D. Carlos, rey de las dos Sicilias, tomó posesion de aquel estado en 1748 el infante D. Felipe, hijo segundo de Felipe V. y de Isabél Farnesio. Casó aquel príncipe con Isabél, hija de Luis XV., y falleció en 1765, en cuyo año le sucedió su hijo Don Fernando, actual duque de aquellos estados.

ARTÍCULO II.

Estado y progresos de las artes y de las ciencias en el siglo XVIII., especialmente con relacion al estudio, y á la defensa de la religion.

Muy dilatado campo se nos ofrece en este siglo XVIII., respecto de las letras y ciencias, pues aunque es cierto que el anterior fué mas fecundo en descubrimientos, no se puede negar que en éste se hizo mas general la ilustracion en las ciencias naturales, no solo en la Europa, sino en ambas Américas, de que son testimonios convincentes la Enciclopedia, las Memorias de la real academia de las Ciencias de París, la Historia universal, compuesta por una Sociedad de sábios ingleses, la de Viages del abate Prevost, las Antigüedades de Gronovio, las del Herculano y Pompeya, debidas al zelo y munificencia de Carlos III., siendo rey de Nápoles, y otras infinitas que produjo este siglo.

¿Quién habia de creer que una sucesion habia de conmovier á todos los soberanos, y que se habia de poner en armas la mayor parte del mundo? No parecia regular que un derecho á que llamaban no tan solo los vínculos de la sangre y de la mayoría, sino declarado ademas por el testador, y confirmado por el pontífice y por la nacion, precedidas consultas de sugetos eminentes, y agenos de toda parcialidad, hubiese de alterar los ánimos de todos los reyes de la Europa, é inducir á causar un trastorno universal en ella.

Muere Carlos II. sin hijos en España, siendo el último bástago de la casa de Austria: dexa la corona al legítimo sucesor Felipe de Borbon, y esto basta para que armada la Europa dispute, y quiera dividir entre sí un reyno, á que alega derechos imaginarios y fantásticos. Declárase la guerra, que dura con vario y dudoso éxito poco ménos tiempo que la vida del nuevo monarca español, coronado ya, y declarado por legítimo heredero y sucesor de Carlos II. Entre el estrépito de las armas, ¿qué atencion ni cuidado se habia de aplicar al cultivo de las letras y ciencias? La necesidad mas urgente era la de defenderse, ú ofender: y así abandonado lo que se juzgaba

Siglo XVIII. ménos necesario, solamente se acudia á lo que podia facilitar uno ú otro de estos dos fines. España, Francia, Alemania, Holanda, Suecia, Dinamarca, Prusia, y las demas potencias, unas por sí, y otras como aliadas, y algunas tambien como neutrales, no cuidaban de otra cosa que de acopiar bastimentos, municiones, pertrechos, y acrecentar el número de las tropas, sin embargo de esta situacion en que se halló la Europa hasta el tratado de Utrecht; porque aunque la guerra duró hasta el año de 1746, no fué universal, sino particular, y por derechos legítimos de sucesion á los estados de Parma, Plasencia, Guastala, Nápoles y Sicilia, no dexaron de cultivarse las letras, ni se suspendieron, hablando en general, estos establecimientos literarios; lo que puede servir de apología al siglo XVIII. y á su literatura; porque si hemos de decir verdad, desde principios de este siglo se hicieron rápidos progresos en las ciencias que se llaman exáctas, y que quieren reducir á evidencia, si fuese posible, los mas oscuros arcanos de la religion. Pero en realidad, si atendemos á un Benito Arias Montano, á un Soto, Pérez de Valencia, Maluenda, Lorino, Hugo, y otros trescientos que se pudieran alegar, ¿qué habrá que mejorar en los puntos de que trataron, y que desde su tiempo han servido de norma? Si miramos los escritos de los padres del concilio de Trento, tanto españoles como extrangeros, ¿quién osará mover la pluma para seguir el camino que ellos hallaron? La piedad, la religion, la subordinacion al sumo pontífice y á los soberanos eran la basa de su ciencia, no la charlataneria, la ignorancia, la impiedad, y otros vicios, que con capa de virtudes han acarreado los daños, que costará mucho trabajo de remediar. En punto á la Historia Eclesiástica así universal como particular, poco es lo que se puede añadir, sin embargo de que por lo que mira á la España merece el mayor elogio el P. M. Fr. Enrique Florez, y su continuador el P. M. Risco, ambos del orden de san Agustin, quienes con sus infatigables tareas han dado sucesivamente noticia de infinitos documentos relativos á las iglesias de este reyno, con que ha adquirido nueva luz la Historia, y se han desterrado ciertas patrañas y preocupaciones, que ofuscaban la verdad, Oxalá que la incuria de los hombres, su ignorancia

gia y barbárie no hubieran dexado perder, ó aplicado á usos despreciables, unos códices ó manuscritos, cuya pérdida no se acabará de llorar en toda la vida, á que se agregan los que han perecido en los incendios, que han sido no pocos, sin que todas las precauciones puedan alcanzar al remedio de este daño. A que asimismo se puede añadir el catálogo ó historia de los obispos é iglesia de Córdoba, que en dos tomos en folio escribió el doctor D. Juan Gomez Bravo, colegial que fué en el mayor de Cuenca en Salamanca.

En el tomo antecedente hemos visto que á fines del siglo pasado iban ya las letras y ciencias tomando los mas rápidos adelantamientos, y que quanto se habia trabajado en el diez y seis, se procuraba conservar en el diez y siete, y siguió en el diez y ocho, á pesar de la guerra de sucesion. Felipe V., arrastrado igualmente de los horrores de Marte, que de los atractivos de Pálas, no bien fué jurado rey de España, y se halló aún vacilante en el reyno, mas bien adquirido que heredado, quando considerando que las letras, la religion y las artes iban en alguna decadencia, procuró animarlas y restablecerlas, y acude por el pronto al remedio, franqueando su proteccion en el año de 1714 á una junta de literatos que en casa del marques de Villena se juntaban, con el honroso fin de hacer un Diccionario copioso y exácto de la lengua castellana, en que se viese su hermosura, su fluidez, su abundancia, su suavidad, su pureza, su gravedad, su agudeza, sus frases, sus modos de decir, fixando el significado de las voces, y su propiedad, y manifestando que en ninguno de estos doctos cede á ninguna de las mas cultas, ántes bien aventaja con mucho á todas ellas. Este era el fin que se proponian estos sugetos, verdaderos amantes de la patria, quando noticioso el benéfico monarca de tan nobles designios en el tiempo que mas oprimido se hallaba de la guerra, erige en academia real este cuerpo, y juzga que se interesa en ello el bien público, la gloria de su réynado, y la honra de la nacion; y no se contenta con esto, pues en el año de 1723 consigna una crecida dotacion anual al mismo cuerpo para la impresion del Diccionario, que ya estaba muy adelantado; y concluido que fué, les continúa la misma dotacion para siempre.

Tom. VII. F

Siglo XVIII. Este fué el origen de la real academia española, tan necesaria en una nacion culta, que al paso que las demas abundaban en Dictionarios de sus lenguas, ella no tenia casi otro socorro, y esese, poco abundante, que el tesoro de la lengua castellana de D. Sebastian de Covarrubias: obra, aunque muy digna del mayor elogio, muy escasa, y falta de voces, cuyas definiciones no eran las mas puntuales: causa que movió á estos sujetos á emprender un trabajo penoso, y casi nuevo, siendo digno de admiracion, y prueba clara de su desvelo el publicar en muy pocos años los seis gruesos tomos que tanto aprecio han tenido, y que han llegado á hacerse muy raros. Este cuerpo, zeloso de la pureza de la lengua, y de acrisolar mas y mas los vocablos, frases y expresiones, no bien hubo concluido la impresion de su Dictionario, quando empezando de nuevo su correccion, continuó purificando y añadiendo algunas voces castellanas, que se escaparon á su diligencia en la primera impresion, de cuyo trabajo publicó el tomo primero, y prosigue en la correccion de los demas. Pero viendo que el público carecia de un auxilio tan necesario, que la obra se iba dilatando contra su voluntad, y al mismo tiempo que no todos podrian costearla por lo voluminosa, determinó hacer un tomo que incluyese todos los vocablos del grande, pero descartando las autoridades; del qual lleva ya hechas tres numerosas ediciones con aplauso y satisfaccion del público, sin que por eso haya cesado en el principal trabajo, ni dexado de publicar gramática y varias ortografias de la lengua, procurando siempre desempeñar de todo en todo su instituto. Ya vemos que el nuevo monarca endereza sus miras á instruir la nacion, facilitándole los medios de hablar con la pureza que merece una lengua, hija de tan noble madre como la latina, y no paran en esto sus cuidados. Ve una corte que carece de los auxilios necesarios para su cultura, sin los quales jamas llegará á conseguirla, y resuelve desprenderse de los libros que para su uso tenia en su palacio, y sin apartarlos de él, á exemplo de César Augusto con el Vaticano, manda que se franqueen al público para su mayor utilidad y doctrina.

Asi fué como se estableció la real biblioteca en la corte de Madrid, siendo digno de lástima que hasta en-

tónces no hubiese habido ninguna, sin embargo de haber pasado mas de un siglo despues de fixada la residencia de los reyes de España en ella. Es verdad que en el siglo de oro de nuestra literatura en tiempo del rey Felipe II. se fundó en el real monasterio de san Lorenzo la famosa biblioteca que hasta hoy dia subsiste, de que cuidó el insigne español Benito Arias Montano, y acerca de la qual escribió su plan Juan Bautista Cardona; pero tambien lo es, que situada en un desierto, mas contribuía á la pompa y grandezza, que no á la utilidad pública; lo que no ocultándose al Señor Felipe V., tomó la resolucion que se ha dicho en beneficio de la nacion. Porque en realidad faltará cultura en donde faltan los libros, depósitos de las ciencias, y auxilios de que no se puede prescindir. Á su exemplo se fundaron despues otras en las provincias, y se aumentaron; por exemplo, la de Oviedo y la de Valencia en estos últimos años.

En sus dias ya algo mas serenos se fundó igualmente la real academia de la Historia, que si bien (al modo de aquellos soberbios edificios, que necesitando de profundos cimientos, tardan mucho tiempo en dexarse ver sobre la haz de la tierra) para eso ha acopiado, y continúa en acopiar documentos, inscripciones, lápidas, monedas, y quanto pueda conducir para el logro de sus deseos, y el desempeño de su fundacion, que es hácer una historia completa y crítica de España, siendo de maravillar quanto es lo que ha habido á las manos en tan poco tiempo, y se está trabajando un Dictionario geográfico de sus provincias.

Nadie ignora que la historia de las naciones bien y verdaderamente escrita es el espejo donde se ven retratadas las costumbres de los príncipes, de los vasallos, de los validos, y de los otros individuos de la sociedad, que con sus acciones han llegado á distinguirse de lo demas del pueblo. Sin ella hubieran quedado sumergidos en el olvido, y confundidos con la vil plebe los Césares, los Escipiones, los Alexandros, los Aristides, los Aticos, y tantos otros innumerables héroes, que nos sirven de dechado mientras haya hombres: y lo mismo hubiera sucedido con los santos, con los patriarcas, y con los mártires; pero por medio de la historia logramos conocer á unos sujetos que nos precedie-

Siglo XVIII. ron; y que á pesar de la muerte viven todavía para nuestro exemplo y edificacion.

Si alguna nacion tenia necesidad de una historia general era la española, porque aunque Florian de Ocampo, Morales, Sandobal, Mariana y Zurita, sugetos todos de la mayor recomendacion y doctrina, emprendieron escribir sus historias de España, unos quedaron muy á los principios, otros suplieron un poco, otros se adelantaron hasta su tiempo, y en fin, ninguno pasó del Reynado de Felipe II., siendo digno de lástima que careciésemos de una historia de que ninguna nacion debe carecer; y no era tan solo este el defecto, necesitábase expurgar las antiguas de tantas patrañas y fábulas de que estaban llenas, para lo qual no bastaba un hombre solo, sino que eran menester muchos: y esta fue la causa de que el Señor Felipe V. erigiese en academia una junta de literatos, que por voluntad propia, y conociendo los defectos referidos, se habian aplicado á hacer ciertas observaciones, con cuyos preparativos se tendrá con el tiempo una historia completa, así civil, como eclesiástica; y en efecto, uno de sus individuos, el doctor D. Juan de Ferreras, escribió en principios de este siglo una Historia general de la España, escrita con discernimiento y buena crítica, y llega hasta fines del siglo XVI.

Ni tan solo las ciencias fueron las que le llevaron la atención; extendióse ésta á las artes, á cuyo fin se pensó en el establecimiento de la real academia de san Fernando, ó de las tres nobles artes, de quien hemos visto la universal utilidad, aunque no llegó á establecerse formalmente hasta el siguiente Reynado del Señor Fernando el VI. Quanto haya sido el fruto de este establecimiento, no hay para qué encarecerlo, quando por todas partes se viene á los ojos, ya en edificios públicos y particulares, ya en estatuas, láminas y sellos; bien es verdad que su mayor incremento no lo ha tenido hasta estos últimos años, que á fuerza de la actividad y fomento de un generoso protector, ha llegado á competir en sus obras con las mas acreditadas de la Europa, extendiéndose su enseñanza hasta los dominios de América, donde se ha fundado otra academia de discípulos de esta en la capital de aquella, que con el tiempo producirá hábiles profesores.

Siglo XVIII. De todos estos auxilios carecia la corte hasta la venida del rey Felipe V., y es por cierto digno de la mayor admiracion, que entre el estrépito de la guerra hubiese lugar en la mente del rey para atender al adelantamiento de sus vasallos. Quanto provecho hayan traído á los estados las academias y bibliotecas es ocioso ponderarlo; pues si atendemos á los miembros de que se han compuesto las extrangeras, y á las obras que han dado á luz, ya en nombre del cuerpo, ya en nombre de ellos, veremos que las ciencias y las letras han revivido por este medio.

España, aunque ménos aplicada á fines del siglo último, y principios del presente, tuvo algunos hombres grandes en todo género de letras: esto no obstante se escribieron libros agenos de verdadera eloqüencia, llenos de farrago, faltos de crítica, compuestos de expresiones hinchadas y campanudas, que ni se entendian, ni las entendia quien hacía uso de ellas, ántes bien servian para atormentar el entendimiento de lectores y escritores: esos eran los modelos para unos hombres que carecian de principios. El juégo de vocablos, las metáforas atrevidas, la siniestra interpretacion de los textos sagrados para arrastrarlo al fin que se proponian bien ó mal aplicados, esa era en parte la eloqüencia del púlpito á mediados de este siglo. Y aunque todavía quedan reliquias de este estragado gusto, sin embargo, se ha desvanecido, y va sucediendo el bueno. Porque el pueblo por mas incapaz de razon que le juzguemos, como se le vaya acostumbrando á lo mejor, él irá perdiendo lo malo, y se hará á despreciarlo á vista de lo selecto, hasta tanto que con el tiempo llegue á poder juzgar por sí mismo. Pero si quien lo habia de instruir lo pervertia, ¿cómo habia de dirigirse al camino recto sin latinidad, sin lógica, y otras ciencias, sin el método é inteligencia, necesarios para conseguir el fin?

La supersticion, las vanas ciencias estaban apoderadas del corazon humano, y se necesitaba el mayor esfuerzo para sacarlo de sus preocupaciones, siendo necesario dexar al tiempo y á la enseñanza y trabajo la emienda de lo que el mismo tiempo y la indolencia habian viciado. Si á esto se junta la desolacion de la guerra, que no daba treguas á pensar en otra cosa que en la necesi-

46
Siglo XVIII. dad del día, no será de extrañar que el principio de este siglo, respecto de algunas artes y ciencias, se haya de empezar á contar casi desde su mitad: y á no haberse echado los cimientos que quedan referidos, en echarlos se hubiera pasado todo él, y eso es lo que ha contribuido á los adelantamientos y progresos que ya se van experimentando, y que ofrecen los mas ópimos frutos, tanto en beneficio del estado, como de la religion. Academias de lengua latina en Madrid, de disciplina eclesiástica, de cánones, de teología, la sevillana de buenas letras, la real de Berlin, la de Lóndres, y otras sociedades en diferentes partes todo esto anuncia que libres los entendimientos de las nieblas que los ofuscaban, darán con el tiempo el fruto que corresponde á una doctrina sólida, bebida en las fuentes puras de sus originales, cuyo estudio es el único que puede aclarar la verdad, la qual apoyada de la crítica (de aquella crítica sincera y piadosa, no de la otra impia y de mala fe, que todo lo destruye, todo lo confunde), fixará la historia de la Iglesia, y la limpiará de aquellos lunares que tanto la han afeado en algun tiempo. Ni contribuirá ménos al logro de lo que queda dicho el restablecimiento de los estudios fundados por el Señor Felipe IV. en el colegio llamado Imperial, ántes de la expulsion de los Jesuitas, y reparado en el año de 70 de este siglo por el Señor rey Carlos III., sobre todo, los de las lenguas orientales, hebrea, árabe y griega; sin cuyo socorro y auxilio es imposible llegar á penetrar el sentido de la sagrada escritura, que es el fundamento de la religion, como doctamente lo han probado así extrangeros como nacionales. Porque aunque es verdad que de ella se han hecho infinitas versiones fieles y puntuales, y la han comentado doctos y santos expositores, y sobre este punto se ha trabajado quanto se ha podido; tambien lo es lo que dice nuestro insigne español Francisco Sanchez de las Brozas: *Nisi te totum inquisitioni tradideris; nisi artis tuæ, quam tractas, causas rationesque probe fueris perscrutatus; crede te alienis oculis videre, alienisque auribus audire.* Si se ofreciese un argumento con un hebreo, por cierto que el medio de rebatirlo seria alegando el mismo texto hebreo que él sigue; porque ni versiones á otra lengua, ni exposiciones de santos y letrados, ni intérpretes le harian la

CONTINUACION

47
DE LA HISTORIA ECLESIÁSTICA. Siglo XVIII.
menor impresion, porque para él solo el texto hebreo es canónico de autoridad divina. Este conocimiento fué el que movió al incomparable cardenal Ximenez de Cisneros á hacer la famosa Biblia, conocida con el nombre de Biblia Complutense, la primera que de esta especie se conoció en Europa, Biblia que despues ha servido de norma á todas quantas se han hecho, y prueba manifiesta de lo correcto de ella, y con que se acredita la buena eleccion del cardenal en los sugetos que buscó dentro de España, á excepcion de uno, para la execucion de esta inmortal obra, quien no contento con esto, fomentó tambien en aquel siglo el estudio de dichas lenguas, disponiendo gramáticas, y proporcionando libros competentes, cuyos tiempos vemos volver á revivir ya en España y fuera, con utilidad y adelantamiento.

Sin salir, pues, de esta misma materia, ¿quánto trabajo y dinero no han gastado pocos años há el inglés Kennikot, y el italiano Rossi, disputándose á porfia en recoger códices hebreos de donde quiera que podian haberlos para apurar de una vez el infinito número de variantes, en que tanto han abundado (lo que no es de extrañar) los manuscritos de la sagrada Biblia, y acaban de fixar la verdad, publicando despues sus obras, que tanto bien pueden traer á la Iglesia? Estos dos sugetos infatigables han tenido la paciencia y constancia de emplearse en un trabajo el mas improbo que se pueda discurrir, qual es el de cotejar infinidad de códices bien ó mal escritos, y de aclarar lo que de otro modo era imposible. Si á los Masorethas (sin que entremos en la cuestión de si fueron ellos ú otros los que inventaron los puntos vocales hebreos, ó si ya los habia de antemano) se les ha atribuido una gloria inmortal por haber hecho la repetición; esto es, haber contado cuántas veces se repetia en el texto hebreo cada palabra, ¿quánta no se les deberá dar á estos sugetos, si se atiende á lo mas fastidioso de su trabajo, y en realidad lo mas provechoso?

Tampoco debe pasarse en silencio el erudito Pedro Guarín, Benedictino, de la congregacion de san Mauro, bien conocido por las correctas y esmeradas impresiones que de las obras de los santos padres ha dado á luz, haciendo una coleccion que con dificultad á ningun precio se puede encontrar. Este docto religioso, natural de la

Siglo XVIII. diócesis de Ruan, versado y diestro en las lenguas griega y hebrea, dió á luz una gramática magistral científica, llena de erudicion, copiosa y abundante, en dos tomos quarto mayor, con la qual no queda nada que desear en esta línea á los que aspiren á escalar este sagrado alcazar. Rudimentos, declinaciones, teórica dilatada, selecta, abundante en exemplos, costumbres, ritos, música, poesía, cabala, y quanto se puede apetecer para adquirir con perfeccion el conocimiento de la lengua santa, otro tanto es lo que contienen estos dos volúmenes, tratado todo con la mayor erudicion, crítica y buen gusto. Y no se reduxo á esto solo su trabajo, sino que anhelando á hacer una obra de todo punto perfecta, le añadió un diccionario de las voces del texto hebreo de la Biblia, y las del griego de la Vulgata, con la explicacion en latin, tan erudita y acrisolada como la gramática; pero arrebatado por la muerte el año 1729, no pudo llegar mas que á la letra *mem* de su diccionario, el qual concluyó M. le Tournois, y se dió á la luz pública el año 1746 tambien en dos tomos quarto mayor. No dexó de tener este docto varon un contrario acérrimo, que fué Masclef, quien quiso destruir toda la gramática hebrea con el fin de enseñar á leer prontamente sin puntos vocales el hebreo, y le refutó con la solidez propia de su índole en el prólogo del tomo segundo de su referida gramática, lo qual prueba que el estudio de esta especie no estaba tan abandonado en un siglo en que el estrépito de las armas arrastraba tras sí los corazones.

Pero quando el entendimiento humano ha ido des-
embarazándose, y haciendo mayores progresos, fué desde la mitad de él en adelante; bien que como todas las cosas del mundo tengan ciertos limites, mas allá de los quales no es lícito pasar, lo que ha sucedido es, que queriendo evitar un escollo, se ha dado en otro, y por remediar un daño se incurre en otros mayores. La ignorancia, madre de la supersticion, tenia los ánimos acobardados y llenos de unas preocupaciones, que en realidad no favorecian á la religion, pero tampoco la dañaban en cosa esencial. Quisose remediar este daño, y se incurrió en el de la impiedad, en el de la irreligion. Voltaire, hombre extraordinario, pero impio, y maestro de fervorosos entusiastas y de críticos atrevidos, ca-

beza de una secta nueva, que sobrevivió á todos sus Siglo competidores, y eclipsó al fin de sus dias á todos los XVIII. poetas contemporáneos suyos, tuvo por todos estos medios juntos la mayor influencia sobre su siglo, y produjo una triste revolucion en los ánimos y en las costumbres. Porque si alguna vez se valió de su talento para hacer amable la humanidad y la razon, para inspirar á los príncipes la indulgencia, y el horror á la guerra; ha abusado de él muchas mas para extender principios de irreligion y de independencia. Rousseau, impio y sutil, elogiando hasta lo sumo el evangelio y su divino Autor, niega los milagros y las profecías; y no admitiendo otra religion que la natural, lo pesa todo en la balanza engañosa de la razon, y ésta le hace resbalar y caer frecuentemente. Estos dos héroes, pues, de la incredulidad y libertinage quisieron reducir á especulacion hasta los mas sagrados misterios, y de aquí nació un desenfreno incorregible, que ha contagiado tantos pueblos, y causado tales desórdenes. La revelacion, los santos padres, los expositores, todo era para estos impios una fábula, una novela, una patraña: y destruidos estos fundamentos, ¿en qué habia de venir á parar en ellos y sus secuaces la religion? en una fantasma, en un esqueleto, y por decirlo de una vez, en nada. Ni subordinacion al sumo pontífice, ni á los legítimos soberanos, ni á los jueces, sino igualdad entre todos los individuos de la sociedad civil, eran, como se ha dicho, los dogmas de estos novadores: y como el hombre por naturaleza ama la libertad, ó por mejor decir, un ente de razon que no existe, ni puede existir; de ahí es que han seducido á tantos, y llevádoslos tras sí, porque con especiosas y sofisticas razones han podido alucinar á unos entendimientos livianos y huecos, vacíos de toda doctrina é instruccion; siendo digno de llorarse, que unos hombres agenos de virtud, y de vida no la mas arreglada, hayan intentado destruir el edificio de Jesu christo, y echarlo por tierra. Pero á pesar de esto no han faltado otros varones doctos y piadosos, que han combatido como valerosos atletas; y han hecho triunfar la verdad y la razon; aunque siempre ha quedado y queda zizafia, que es difícil desarraygar, segun el incremento que en algunas naciones va tomando. Inmediatamente que el impio Voltaire dió á luz

Siglo XVIII. sus engañosos y seductores tratados, no faltó quien escribiese contra él, sin dar á conocer su nombre, publicando en frances una obra con este título: *El oráculo de los nuevos filósofos. Mr. Voltaire impugnado y descubierto en sus errores*: obra que tradujo en castellano el P. M. Fr. Pedro Rodriguez Morzo, del orden de la Merced calzada, en la qual se hace ver á Voltaire, de que su fin es dar por ilusorio, insensato, supersticioso, contrario á Dios y á la naturaleza el culto de la religion católica: de que se tratan de fábulas los libros sagrados, en que estan depositados los títulos de nuestra ciencia y esperanza: de que se blasfema contra el Criador, y se censura la sabiduría con que formó y crió el mundo, y por la qual se arreglan todos sus acaecimientos: de que se destruyen todos los principios de la moral, el derecho de las gentes, la seguridad pública, y la subordinacion legítima, y todo el orden que debe reynar en el universo, y que establece la paz y la mejor armonía. Y por último dice, que estos nuevos filósofos quieren ellos solos hacerse depositarios de la razon, de la ciencia y de la virtud; y pone todos los medios de convencerlos de sus delirios y extravíos con razones muy claras y sencillas, apoyadas tambien en la sagrada escritura y santos padres. Y por cierto que harto ridículo es que estos hombres no pongan duda en la verdad de las historias profanas, y les haya de ocurrir en la sagrada, que es uno de los argumentos principales de que se vale el autor anónimo sin perdonar á Juan Jacobo Rousseau, contra quien hace una docta y eficaz impugnacion de la obra intitulada: *el Emilio; ó de la educacion*: libro impio, blasfemo, y el mas perjudicial de quantos hasta ahora se han publicado. Á que se puede añadir la apología de la religion christiana que escribieron contra Bolanger los señores Franzois y Bergier, y el P. Nicolas Jamin, de la congregacion de san Mauro, en sus *pensamientos teológicos*. En España el P. M. Fr. Fernando de Ceballos, monje Gerónimo del monasterio de san Isidro del Campo, viendo que los estragos morales y políticos que causaba ya una filosofia fraudulenta y traidora, se experimentaban en muchas partes, y que los sábios juiciosos y de buen sentido que escribian contra ella, no dexaban de explicar en una ó en otra parte que era perniciosa al

estado, porque no podian dexar de ver, que ademas de la impiedad y la irreligion que dicha filosofia predicaba, iba tambien á resolver el orden público, á derribar los soberanos, y á destruir á los magistrados y gobiernos establecidos, y á aniquilar, si pudiera, la humanidad, de que por otra parte se preciaba: viendo, pues, que tales daños necesitaban de remedio, determinó escribir una obra, cuyo título fuese: *La falsa filosofia, ó el ateísmo, deísmo, materialismo, y demas nuevas sectas convenidas de estado contra los soberanos y sus regalías, contra los magistrados y potestades legítimas*, tomando por designio principal de su trabajo este argumento. No bien habia escrito el primer tomo de su proyectada obra, quando en los papeles públicos de París se dió noticia de que aquella célebre universidad, zelosa siempre así de la pureza de la doctrina, como de los derechos del soberano, acababa de aprobar cierta disertacion hecha sobre el tema que la misma universidad habia propuesto, á saber: *Non magis Deo quam regibus infensa, que hodie dicitur philosophia*. Y conociendo por aquí quán importante y necesario habia de ser un asunto, á que convidaba una academia tan célebre, adelantó su trabajo, y aplicó á él todas sus fuerzas, desempeñando este asunto, y dándolo á luz sucesivamente en siete tomos que se imprimieron en Madrid en los años 1775 y 76. Por aquel tiempo con alguna diferencia escribió D. Luis Josef Pereyra, doctor en filosofia y medicina, académico con ejercicio de la real academia médica matritense, y de número de la portopolitana, y publicó en Madrid su *Teodicea, ó la religion natural*, defendida contra sus enemigos los antiguos y nuevos filósofos con demostraciones metafísicas que ofrece el sistema mecánico, dispuestas con método geométrico: obra realmente digna de ser leída por su convencimiento y desengaños útiles para no claudicar en la Teodicea, que con el mismo título habia escrito ántes Leibnitz, de que hablaremos al fin de este artículo. No hacen ménos honor á su patria los tres tomos en quarto de: *Desengaños filosóficos*, que en obsequio de la verdad y de la religion está publicando el Doctor D. Vicente Valcarce (a), capellan de honor, y canónigo de la

(a) Está completa esta obra, en quatro tomos en quarto.

Siglo XVIII. Santa iglesia de Palencia : el qual valiéndose de la sagrada escritura, doctrina de san Agustin y otros Doctores, brilla con eficacia y valentia en las materias del mayor interes á la religion y á la patria, y merece el elógio de triunfador de los novadores, á quienes con la fuerza de sus convencimientos demostrativos confunde, é impone perpetuo silencio.

El consejo á pesar de los atrasos de la literatura desde el siglo pasado y principios de este en España, no ha dexado de dar en los últimos tiempos las mas sábias providencias para el estudio de las facultades y ciencias, sin olvidar el de las lenguas, reformando los abusos de los colegios, y fomentando las universidades, aumentando las dotaciones de sus cátedras, proponiendo premios á los que se aventajasen, no omitiendo medio alguno para que se lograse el fruto de tan buenas disposiciones. Sobre todo en el año 1778 se expidió una circular por el consejo de castilla á todas las universidades, exhortando á sus profesores á que escribieran nuevos cursos de todas facultades, acomodados al gusto del siglo presente, y á los adelantamientos que en él ha tenido toda la literatura, y ofreciendo á los autores su proteccion y los premios proporcionados siempre que desempeñasen puntualmente lo que se les mandaba. El primero que se adelantó á cumplir los deseos del consejo (verdad es que de orden de sus superiores estaba ya componiendo su obra) fué el P. M. Fr. Agustin Cabadés Magi, de la orden de la Merced, catedrático de teología en la universidad de Valencia, quien ha dado á luz su curso de esta facultad, con el título: *Institutiones Theologicae in usum Tyrorum adornatae*; obra muy útil á todos los que aspiran al conocimiento de esta ciencia divina, en la qual ha usado el autor de otro estilo y otro gusto muy distinto del que reynaba generalmente pocos años ántes; probando primero en cada materia el dogma con suficiente número de autoridades y otros argumentos, y resolviendo las principales questões teológicas que suelen tratarse en las escuelas, en que se detiene mas ó ménos conforme su importancia. Asimismo se han publicado en este siglo en Italia, Francia y Alemania cursos teológicos desnudos de las sutilezas escolásticas, que presentan con mayor claridad las verdades católicas. Si la teología,

ciencia que conduce derechamente al conocimiento del Criador, ha tenido en este siglo quien la haya purgado, así en España como fuera, de aquellas molestas questões que hacian malgastar el tiempo, y apenas servian de ningun provecho; tampoco ha faltado quien haya acrisolado el derecho canónico. Zejero Bernardo Vanespen, natural de Lovaina, y sin contradiccion uno de los mas sábios canonistas de este siglo compuso una obra intitulada: *Jus ecclesiasticum universum*, en que examina tan difusa como sagazmente los puntos mas importantes de la disciplina eclesiástica, y del derecho canónico y civil. Es verdad que no toda su obra puede correr con libertad; pero la parte permitida es de lo mejor que se puede desear. En París se hizo una coleccion de todas las obras de Vanespen en quatro tomos en folio el año 1753; en que por medio de las observaciones de Gisbert sobre el *jus ecclesiasticum*, y las noticias del P. Barre, se logra lo mas importante y general que encierran la moral, y aun el derecho canónico y civil.

La eloqüencia del púlpito, que tan caida estaba en España á fines del siglo pasado y principios de éste, como se ha dicho, no tenia la misma suerte en Francia por estos tiempos. El P. Luis Bourdaloue, sugeto tan eloqüente como piadoso, era bastante para acreditar una nacion, como con efecto fué así: porque sus sermones no solo admiraron á la corte de París, sino tambien á las provincias de Francia, á donde se le envió ya para persuadir la santidad de la religion católica con exemplos y palabras, y á predicar y convertir nuevas gentes; y nada prueba mas bien lo bueno de sus sermones, que la infinidad de ediciones que de ellos se han hecho, hasta traducirse tambien en castellano. El gran mérito del P. Bourdaloue es manifestar y esclarecer cada una de sus ideas, y cada una de sus pruebas, con otras ideas y pruebas nuevas tan claras unas como otras. Á un mismo tiempo popular y sublime, no perjudica jamas con lo profundo de sus racionios á la claridad de su estilo; pero su solidez no es simple, sino eloqüente y briosa, conociéndose claramente que su estudio lo habia hecho en san Juan Chrisóstomo, san Agustin, san Basilio; pero sin parecerse por eso á ninguno de estos santos padres. Ni es el P. Bourdaloue el que prevaleció en la elo-